

PROCERES

PÁGINA-OFRENDA DEL MAESTRO

ENRIQUE JOSE VARONA

Sólo hace tres meses que se fue de la vida, la suya útil i bella, el insigne orador parlamentario Rafael Montoro; i otro prócer cubano —ENRIQUE JOSE VARONA— ha caído en el mar insondable de la muerte. Así la estrella errante, en un postrer suspiro de su luz celeste, se hunde i apaga en los abismos de la noche eterna.

El alto prócer cubano bajó a la tumba, avariata e insaciable, el día 18 del mes de noviembre —precisamente en el fausto día natalicio del egregio Máximo Gómez— como una víctima expiatoria, o propiciatoria, acaso, i a modo de ofrenda cívica depuesta en el ara augusta de la patria en duelo, en esta hora triste de los heroísmos sin nombre i de los cruentos sacrificios, en el vértigo de la épica lecura revolucionaria.

¡Con qué enorme pesadumbre, ya moribundo, vería el patricio desvanecerse la imagen dolorosa de la madre isla en la poderosa lente de su alto i noble espíritu!

Era camagüeyano. Nació i tuvo su cuna en la lejendaria i cubanísima ciudad de Camagüéi, lo mismo que un no escaso número de los próceres del decenio heróico; pero, aun adolescente o en el alba de su juventud promisor, se alejó del solar nativo i de su casa solariega. Su vocación por los estudios era o llegó a ser una obsesión continua. En la Habana alzó su tienda i tuvo su alojamiento de estudiante meritísimo. Allí, más tarde, encendió el feliz hogar de sus amores con la esposa nobilísima que fue la santa madre de sus hijos.

Conocí en la Habana a Enrique José Varona, cuando el siglo tenía un año i yo hacía un viaje, como diplomático, con destino a México. Eramos amigos, hacía algún tiempo, i nuestras relaciones, muy cordiales, crecían a medida que avanzaba el proceso

revolucionario de la causa de Cuba. Varona era ya un prócer por su patriotismo i un patriarca por su experiencia i su sabiduría, cuando solo tenía cincuentidos años de edad, i, en torno suyo, como un alto ejemplo de civismo i de cultura moral i estética, tendía las alas para el vuelo la juventud templada al calor de la lucha por la independencia de la isla irredenta.

Esa juventud había leído sus obras, de edificación i de enseñanza, i ya sabía que era un filósofo, libre de prejuicios, un gran escritor i un pensador preeminente; i lo veía ocupar sitio de altura entre las pléyades del pensamiento cubano, en fila con Valera, con Saco, i con José de la Luz i Caballero. Ella sabía también que Varona era un ciudadano modelo por su acendrado patriotismo i por su civismo en acción i siempre en vela.

Por eso se le vió, con amor i respeto, en una Secretaría del Ejecutivo i en la Vicepresidencia de la República. I cuando declinó la primera magistratura del Estado —en una hora de dudas e interregios— todos sus compatriotas, conmovidos, inclinándose a su paso; porque él era ya un símbolo nacional, no la bandera de un partido. Ya el bronce i el mármol, destinados a la glorificación de los héroes i los próceres, lo aguardaban en el paraninfo de la Universidad o en el atrio del Capitolio.

Las instituciones sociales, en Cuba, están de duelo por la muerte del venerable octogenario. Su muerte ha hecho en todas el vacío. El era Catedrático honoris causa de la Universidad de la Habana; Académico honorario de la Academia de Artes i Letras; Presidente de honor de la Academia Nacional de la Historia; i Director de la Academia Cubana de la Lengua.

Pero el duelo de Cuba es un duelo antillano i americano. ENRIQUE JOSE VARONA era un ciudadano i es un prócer de nuestra América!

EUSEBIO HERNANDEZ

Otro prócer cubano se fue de la vida —unos días después de haber rendido la suya el eminentísimo pensador Enrique José Varona— cuando aquel iba aún con el duelo en el alma por la vía-crucis entenebrecida con los errores i los horrores de la política sin ética ni civismo. Sus ideales se desvanecieron, sin duda, antes que su vida.

El Dr. Eusebio Hernández —veterano en la lucha por la independencia de Cuba— figuró en las huestes libertadoras como médico en jefe del cuerpo sanitario del ejército en campaña; i, en las jornadas

épicas de la invasión, seguía de cerca al Generalísimo Máximo Gómez i al Lugar-Teniente Antonio Maceo. Ambos conocieron i ponderaron la hondura de su ciencia como clínico i la altura de su civismo como patriota.

Como liberal, ya constituida la república, entró al palenque de la política militante; pero sólo en ocasiones propicias a nobles ideales, siempre raras, actuó en la vanguardia del liberalismo. En una de ellas fue candidato a la Vice-Presidencia del Ejecutivo, i hubo un selecto grupo que lo indicaba para



el ejercicio de la Presidencia. A poco, sin embargo, se alejó del campo, a honesta distancia de la política del medro i los intereses creados, para intensificar las faenas de su apostolado científico

Como clínico i profesor universitario ocupó un sitio preeminente en el ágora de la ciencia médica. Era el ginecólogo por antonomasia. Consagrose, como clínico i filántropo, al ejercicio de la ginecología i al estudio de la eugenesia i la puericultura. Esas ramas de la medicina i de la higiene debían tener sitio de preferencia dentro o fuera de la ciudad universitaria planeada por él en su idealismo i su civismo. Sus ideales civilizadores no cristalizaron.

El Dr. E. Hernandez i el Dr. Fco. Henríquez i Carvajal hicieron juntos la ampliación de sus estudios médicos en París, i recibieron en 1891 la investidura del doctorado. Trece años después, en 1904, el clínico cubano presidió el jurado de reválida para la incorporación del clínico dominicano como Doc-

tor de la Facultad de Medicina de la Habana; i aquel fue el primero en celebrar el examen sobresaliente de su colega i amigo.

El Dr. Hernandez fue un adicto fervoroso a la causa nacionalista dominicana i figuró en la junta establecida en la Habana bajo la presidencia de Varona i de Sanguily. Por eso el Dr. Henríquez en representación del pueblo dominicano, reconocido a la noble actitud de ambos próceres, montó guardia de honor en la capilla ardiente de la Universidad, en honra de Enrique José Varona, i en la capilla ardiente de la Academia de Ciencias, en honra de Eusebio Hernandez.

También fue mi noble amigo i de los primeros en estimarme i distinguirme como "prócer dominico cubano" i como "grande amigo de Cuba".....

Una vez más vibra en el alma agradecida i salta de la pluma el sintético aforismo de José Martí: "honrar, honra"!—

La Semana de Meriño

I

Esa semana histórica, celebrada desde el 9 hasta el 16 de enero —que fué de laudes y de lauros al alto prócer del civismo— cumplirá un año en la segunda semana de ese mismo mes en 1934.

Como renovada ofrenda cívica, al insignificante dominicano, con tal motivo, hemos desglosado del aplaudido discurso de orden, leído por el Lic. Rafael Augusto Sánchez en la gran vejada con que se cerró la Semana de Meriño, las dos estéticas cláusulas en que pone en alto relieve, de alma entera, la nobilísima figura de aquel tribuno y prelado que fue apóstol y maestro de cultura y de civismo.

Como robusta encina, erguida a pesar de todas las tempestades, en cuya copa no anidaron ruiseñores ni alondras, Fernando Arturo de Meriño se levanta en el tumulto de nuestra historia como el más significado i propio representante del alma dominicana.

Es, para quienes lo observen i lo estudien, génesis fecundo o señalada meta, iniciación o término; luminoso punto de partida o finalidad espléndida.

Vértice fulgurante, en él convergen i concurren o en él nacen o se afirman, convirtiéndolo en alma síntesis, los dos sentimientos primarios, los dos movimientos instintivos de los pueblos: el religioso i el político.

En su espíritu, entre oscuras nubes i claridades ardientes, se acendran i se perfeccionan, se ajustan i se acuerdan en una maravillosa armonía, hasta hacerse eje de su vida, norma de su pensamiento, guía de su inteligencia, estímulo de su voluntad, el amor a Dios i el amor a la Patria; su

credo religioso, todo purificación i excelcitud, i su ideal nacionalista, en su verdadero, único i necesario sentido de deber, de abnegación i de sacrificio.

En su alma, a veces extraña i desconcertante, iluminada por los relámpagos de su genio que tenía la virtud de disipar todas las sombras, su concepto del deber cívico i su amor a la patria adquirieron la inmutabilidad de su credo católico.

Fue un maestro. Lo fue en la tribuna sagrada i en la profana; en la Iglesia i en los Congresos; en el recojimiento de sus cátedras i en el ardor de la Plaza Pública; en sus discursos políticos i en sus pastorales.

A su alrededor, en torno a su figura apostólica i tribunicia, se congregó un grupo de hombres en quienes, con la unción del sacerdote i con el ardor del patriota, se esforzó en modelar conciencias para hacer perdurable su pensamiento.

En aquellos días tumultuosos, en las horas aciagas en que la falta de fé llenó de infinita angustia el alma de la patria; cuando hombres de inteligencia superior, a quienes muchas veces ha estado a punto de justificar la historia, desconfiaron de la supervivencia de la República, el Padre Meriño confesó arrogante su fé inmarcesible en los destinos del pueblo dominicano; se alzó impetuoso, encarnando el alma dominicana en su protesta, se volvió iracundo i fué una certidumbre gloriosa i consoladora en el cruel instante del desfallecimiento i de la duda, en el Getsemani de la nacionalidad.

Ni negó la patria ni le causó sufrimiento, i nunca su fé en ella se amenguó. Creyó en ella como creía en Dios; i cuando se piensa en él, los ojos lo contemplan, suprema encarnación del pueblo dominicano, inclinándose reverente sobre los restos de los próceres i pronunciando palabras inmortales ante la cátedra sagrada; o vehemente, apasionado i

